

## EL ESPÍRITU SANTO EN EL MUNDO<sup>2</sup>

Los otros días viajaba en el subterráneo de Londres. Había gran cantidad de gente que iba y venía en el pesado e impersonal silencio típico de los viajes en una ciudad. Cada uno evitaba las miradas de los otros. Por casualidad, en la primera parada, advertí que subía una familia con dos niños al final del vagón. Evidentemente los niños eran mellizos y tenían alrededor de ocho o nueve años. La familia era negra, elegante y bien vestida. Cada niño tenía un globo, uno rojo y el otro azul. Eran globos caros, sujetos a varillas de madera con botones dorados. Los niños estaban contentos con sus globos y jugaban juntos.

En la segunda parada subió un hombre, cerca mío, con su hija, una niña rubia de seis o siete años. La pequeña era discapacitada, tenía Síndrome de Down, parecía atemorizada y lloraba con esa tristeza infinita propia de su condición.

Miré nuevamente a los dos niños con sus globos. El que tenía el globo rojo oyó a la pequeña y estaba tratando de verla a través de la multitud. La miró con curiosidad pero también con creciente simpatía. Le echó una ojeada a su globo. De repente lo tomó y se dirigió hacia la niñita, lo que no era fácil en el tren repleto. Cuando la alcanzó le dijo: “Buenos días, esto es para ti, adiós” y le dio su globo. Mientras el niño volvía a su familia y abandonaba el tren, ella comenzó a reír ruidosamente y a mostrar su globo a cada uno en el vagón.

He aquí una historia humana realmente hermosa, pero es también mucho más; para la niñita fue un momento de “Navidad total” que le fue dada por un pequeño salvador; para él la experiencia de un gesto que, inesperadamente, lo llevó a una plena madurez humana. Pero para mí fue sobre todo una pequeña teofanía, una elocuente manifestación del Espíritu de Dios. A menudo pensamos que una teofanía debe ser un acontecimiento solemne, recordamos a Moisés en el monte Horeb o en el Sinaí. Pero las Escrituras nos invitan continuamente a ver que Dios se revela a sí mismo sobre todo a través de gestos y pequeños acontecimientos. Hay un desarrollo radical de Moisés a Elías. *Hubo un huracán tan violento que hendía las montañas... pero el Señor no estaba en el huracán. Después del huracán un terrible temblor de tierra, pero el Señor no estaba en el temblor. Después del temblor, fuego, pero el Señor no estaba en el fuego. Después del fuego el susurro de una brisa suave. Al oírla, Elías se cubrió el rostro con su manto... (I R 19,11-13).* La referencia a las teofanías de Moisés es muy clara. Esta inversión ya indica la sorprendente pequeñez de la revelación definitiva de Dios en la persona de Jesús, un oculto nacimiento en un contexto social sin relieve, una vida escondida entre gente humilde, la doctrina de la parábola que nos invita a descubrir el Reino de Dios bajo la apariencia de cosas pequeñas: *El Reino de Dios es como un hombre que echa el grano en la tierra; duerma o se levante, de noche o de día, el grano brota y crece sin que él sepa cómo. La tierra da el fruto por sí misma: primero hierba, luego espiga, después trigo abundante en la espiga... (Mc 4,26-28).* Esta es la paradoja central del Evangelio: la Palabra Divina no nos invita a pensar con grandes ideas sino más bien a observar las pequeñas cosas cotidianas, a escuchar, a tomar nota. Y finalmente, cuando Jesús vuelve a su Padre, lo hace a través de la puerta estrecha de una muerte vergonzosa.

---

<sup>1</sup> El Padre Dominic Milroy nació en 1932 y se educó en el Colegio de Ampleforth. En 1950 ingresó en la Abadía de Ampleforth como monje benedictino. En 1974 fue nombrado Prior del Colegio Benedictino Internacional de San Anselmo, en Roma, a cargo de una comunidad de alrededor de 150 monjes. Desde 1980 hasta 1992 fue Rector del Ampleforth College, y en 1992 fue Presidente de la Conferencia de Rectores. Desde 1992 se ha desempeñado activamente tanto en el ámbito monástico como en el educativo, predicando retiros (en su país y en el exterior), y como disertante en Conferencias y Cursos de capacitación.

<sup>2</sup> Conferencia dada a las Abadesas italianas el 16 de febrero de 1998. La traducción castellana del original inglés es de la Hna. M. Eugenia Suárez, osb, de la Abadía Ntra. Sra. de la Esperanza (Rafaela, Pcia. de Santa Fe, Argentina).

Volvamos a mi historia del subterráneo de Londres, en particular. ¿Cómo estaba presente el Espíritu Santo? ¿Cómo debemos interpretar la parábola? En primer lugar está el misterio de la luz. *Que haya luz...* (Gn 1,3). Nuestra luz creada es siempre un eco, una imagen de la infinita luz de Dios. En esta infinita luz, Dios mira a Dios a través del espacio infinito de la Trinidad: en nuestra pequeña luz, o la luz del sol o la pálida luz del subterráneo, también nosotros tenemos que aprender a ver al otro. *El ojo es la lámpara del cuerpo...* (Mt 6,22). Nuestra mirada es siempre un eco de la mirada divina. *Vio Dios cuanto había hecho, y todo estaba muy bien* (Gn 1,31). En el subterráneo yo miré al niño, el niño miró a la niña, la niña miró el globo. Esta cadena de miradas es el eco de la mirada divina, este movimiento espontáneo hacia otro es siempre una acción del Espíritu Santo. Este acto de observación inteligente y compasiva es la acción principal a la que Jesús nos invita en sus sermones: *Vean los lirios del campo, cómo crecen* (Mt 6,28).

Sabemos demasiado bien que la observación humana está oscurecida, deformada por el pecado. ¿Por qué Jesús no miró directamente a la adúltera? Porque Él, que conoce el corazón de las personas, entendió que la mirada de los acusadores era ambigua, falsa e hipócrita y no quería asociar su propia mirada a su falsedad. Es un momento dominado por un elocuente contraste de miradas. Los acusadores miran a la mujer. Ella evita todas las miradas y probablemente mantiene sus ojos en el suelo. Jesús, no por cortesía, hace lo mismo; entonces Él mira a los acusadores con una mirada de verdad que rechaza su falsedad. Sólo después que ellos se han dispersado dirige su mirada de perdón hacia la mujer (Jn 8,10). Aquí Jesús usa el lenguaje de los ojos para dispersar al arrogante y elevar al humilde. (cf. Lc 1,51-52). Él hace lo mismo en la cena de Simón (Lucas 7). También aquí hay tres miradas, la de la mujer que mira los pies de Jesús, la de Simón que mira a la mujer, la de Jesús que mira primero a Simón y luego a la mujer. ¿Ves esta mujer? Ciertamente Simón ve a la mujer. Se fija en ella con esa mirada de sensualidad y desprecio que está siempre en la raíz de la pornografía, mientras que Jesús respeta el espacio de la mujer hasta el momento en que *se vuelve hacia ella* para alabar su capacidad de amor. Para Jesús una mirada es un instrumento de benevolencia por medio del cual sabe que se concede la libertad al oprimido.

No he terminado con mi parábola. Volvamos una vez más a las miradas en el subterráneo. La mirada del niño era la mirada de Cristo y éste fue el primer gesto de suprema belleza. El gesto hubiera sido hermoso aunque él le hubiera ofrecido el globo a su madre, por ejemplo. Pero en realidad se lo dio a una niña que era una desconocida y discapacitada. *Amen entonces al extranjero porque ustedes fueron una vez extranjeros en Egipto* (Dt 10,18). El niño capta, por puro instinto humano, la más noble doctrina del Antiguo Testamento, pero sobre todo, la expresión esencial del mismo Jesús. Esta es la acción del Espíritu Santo en el mundo.

Si consideramos el hecho de que el niño era negro y la niña rubia, la parábola adquiere un significado particular para nosotros hoy. ¿Por qué eligió Jesús al Buen Samaritano? Porque los Samaritanos eran vistos como un grupo inferior y alejados del favor divino. Aún hoy tenemos una tendencia a dividir diferentes regiones, naciones, razas; por ejemplo la división entre el Primer Mundo y el Tercer Mundo, lo que nos puede hacer pensar que son los blancos ricos los que dan y los negros pobres los que están allí para recibir. En mi historia es un niño negro el que da a una niña blanca; no le da dinero sino amor y belleza. Esta es una inversión típica de Dios, quien en la historia de salvación elige al inferior, al más joven, al más pobre, para revelar su presencia.

La historia es también una historia de sanación, de la transformación de la desdicha en alegría, de lágrimas en risa. La niña es la imagen de la condición humana, sus lágrimas son lágrimas de soledad, de miedo, de todas las experiencias que hacen a la vida humana tan vulnerable a la miseria. Su risa es el resultado de un puro don, y su explosión de alegría fue instigada por Dios y se extendió a lo largo del vagón; en ese momento ella se convirtió en evangelizadora, en una portadora de buenas nuevas. Este encuentro en el subterráneo ocurrió totalmente fuera de cualquier acto oficial o sacramental de la Iglesia. Ignoro si los personajes de esta historia eran católicos,

cristianos, musulmanes, ateos o nada en particular. *El viento sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu (Jn 3,8)*. El viento suave que sopló en el subterráneo aquel día no es otra cosa que la libre acción del Espíritu Santo, revelando así, a través de pequeños gestos, la misteriosa grandeza de la presencia divina. Cuando sopla el Espíritu Santo, el subterráneo se transforma en una Catedral. Mi pequeña historia es una entre billones. El Espíritu Santo continúa trabajando silenciosamente en el corazón del mundo. El trabajo de la Iglesia en el mundo es un instrumento, entre otros, de la acción del Espíritu Santo, y no viceversa. El Espíritu Santo trabaja a través de las instituciones de la Iglesia pero no está limitado por ellas. En este sentido, la acción del Espíritu Santo es infinitamente más católica, más universal, que la acción de la Iglesia. Aquí hay una paradoja teológica de gran importancia, que constituye un tema central del Concilio Vaticano segundo. En los dos documentos claves del Concilio (*Lumen Gentium* y *Gaudium et Spes*), los padres del Concilio tratan de elaborar una radical redefinición de la relación entre la Iglesia y el mundo. En último término es un movimiento de un espíritu de separación hacia un espíritu de solidaridad. Este movimiento no es fácil. Antes del Concilio este vocabulario de solidaridad era menos evidente en el lenguaje teológico de la Iglesia. Las primeras palabras de *Gaudium et Spes* han cambiado todo: “La alegría y la esperanza, el sufrimiento y la angustia de los hombres de nuestro tiempo... son también la alegría y la esperanza, el sufrimiento y la angustia de los discípulos de Cristo”.

A partir de entonces, existe una nueva relación entre la Iglesia y el Mundo. La Iglesia no quiere estar en el centro de la escena. “El Pueblo de Dios, movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios” (GS, n° 11).

Este es el nuevo vocabulario “pastoral” de la Iglesia. La misteriosa acción del Espíritu Santo es la que ocupa el centro y la Iglesia trata no de definir sino de distinguir. Encontramos también la misma actitud de humildad en la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, donde dice de nosotros, cristianos: “Dios tampoco está lejos de otros que entre sombras e imágenes buscan al Dios desconocido, puesto que les da a todos la vida, la inspiración y todas las cosas” (LG n° 16).

De este modo el Concilio nos invita a mirar el mundo con ojos abiertos, no cerrados. El Papa Pablo VI describe esta mirada nueva en su Testamento: “Mirando al mundo no podemos pensar que ayudamos al mundo siguiendo su manera de pensar, sus hábitos, sus gustos, sino que podemos ayudar al mundo tratando de conocerlo, amarlo y servirlo”.

Permítasenos hablar de conocimiento, amor y servicio con las palabras de *Lumen Gentium*: “cuanto de bueno encontramos sembrado en los corazones y las mentes de los hombres, y en los ritos y culturas de las naciones...” (LG n° 17).

La transición de una teología de división a una teología de solidaridad no era fácil. En el contexto de la historia de la Iglesia, el mundo representa una realidad muy paradójica. Para san Juan el Evangelista, el mundo tiene dos significados contrarios: *El mundo fue hecho por Él y el mundo no lo reconoció (Jn 1,10)*.

Está el mundo como creación de Dios y el mundo como sujeto al pecado. El sentido dominante es el segundo: en la teología de Juan, el mundo es un lugar de tinieblas bajo el dominio de Satán, príncipe de este mundo. Como Pablo, Juan desea destacar la centralidad de la muerte de Cristo en el conflicto universal entre la luz y las tinieblas.

*El mundo los hará sufrir. Pero tengan ánimo; Yo he vencido al mundo (Jn 16,33)*. Un recuerdo parcial de esta teología está en la base de una tendencia que ha coloreado frecuentemente la historia de la Iglesia: es una tendencia hacia una interpretación dualista de la relación entre la Iglesia y el mundo. Basta con mencionar la guerra, los cismas, las divisiones y el odio que han

desfigurado trágicamente el mensaje del Evangelio y todavía continúan. Juan sabía, como también Pablo, que el mundo y toda la creación eran de Dios y que el Salvador había venido, no a construir muros de división sino precisamente a destruirlos. La visión paulina de toda la creación: *La ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios... en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios... gime hasta el presente y sufre dolores de parto... (Rm 8,19-22)*. Esta visión es, de hecho, la versión definitiva de la relación entre la Iglesia y el mundo. Quizás a menudo ha sido olvidada. Ha sido olvidada sobre todo bajo la presión de la tentación de convertir la doctrina de la elección en un espíritu de exclusión. Nosotros somos los Elegidos, ustedes los condenados. De aquí viene la tendencia a pensar que la verdad, la autoridad, el mismo Espíritu Santo, pertenecen a la Iglesia y están, por decirlo así, circunscriptos, limitados a la acción de la Iglesia. Una tía mía, protestante, me contó tnpavi so

experiencia de ayer y de mañana, paciencia, pena, separación, muerte, la muerte del hijo de una viuda o la muerte de un pájaro. Para Jesús, cada acontecimiento, cada encuentro particular, es un encuentro con el reino de su Padre, con la acción del Espíritu. En sus sermones y en sus conversaciones, él celebra todos los pequeños detalles del proceso de la naturaleza, de la sociedad humana y del trabajo. Las parábolas y los sacramentos toman de ellos su forma. El misterio del Reino está escondido bajo la superficie de pequeños encuentros y continúa viviendo para nosotros de este modo.

Hay otro aspecto del crecimiento, del desarrollo y del pensamiento de Cristo. Jesús, Hijo de David, heredero de la ley y de la promesa, tenía que aprender que la gloria del pueblo de Israel también estaba destinada a ser la luz de los gentiles (cf. *Lc 2,32*). El evangelio de Mateo nos da la impresión, fugaz pero profunda, de cómo vive Jesús este paso de la exclusión a la universalidad. Él comienza su Discurso Apostólico con las palabras: *No vayan por camino de gentiles ni entren en ciudad de samaritanos; diríjense más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mt 10,5)*. Con estas palabras parece confirmar la separación, los muros entre los judíos y los otros. Más tarde, sin embargo, el Espíritu lo conduce a un encuentro particular que lo obliga a cambiar, de un modo absolutamente radical, su propia doctrina. Es el encuentro con la mujer cananea (*Mt 15,21-28*). Hay tres momentos o fases en la respuesta de Jesús a la pagana que lo sigue clamando. Al comienzo *no le respondió palabra* –mantiene la separación. En segundo lugar, Jesús repite lo que le había dicho a los apóstoles: *No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel* –un nuevo rechazo–, pero ya le está hablando a la mujer. El tercer momento es conclusivo. La conversación sobre los perros y el pan es, sin duda, una broma recíproca. La fe de la pagana ha abierto el reino a los gentiles. Es significativo que cuando, en el evangelio de Juan, Jesús permanece tres días en una ciudad samaritana, hay también en el contexto una conversación con una mujer. Este desarrollo mencionado por Jesús en su sermón alcanza su *climax* en la conversión de Pedro y Pablo en los *Hechos de los Apóstoles*. En el caso de cada uno se trata de un momento definido. En el caso de Pedro es menos dramático, pero de profunda importancia: *Levántate, Pedro, sacrifica y come. Pedro contestó: “De ninguna manera, Señor; jamás he comido nada profano e impuro”. La voz le dijo por segunda vez: “Lo que Dios ha purificado no lo llames tú profano” (Hch 10,13-15)*. Entonces Pedro dijo a Cornelio: *Dios me ha mostrado que no hay que llamar profano o impuro a ningún hombre (ib. 28)*. Lo que la mujer cananea fue para Jesús, lo fue Cornelio para Pedro.

En el caso de Pablo la conversión es aún más radical, porque la teología de Saulo, antes de su conversión, era precisamente la teología de separación con barricadas y muros. En primer lugar un muro de total separación entre el Dios de la gloria y toda creación; la visión de Esteban: *Estoy viendo los cielos abiertos y al Hijo del hombre que está en pie a la diestra de Dios (Hch 7,56)*. era entonces profundamente inaceptable. En segundo lugar había un muro rígido entre el pueblo de la promesa y el resto de la creación, condenada sin esperanza por la cólera divina. El elemento central de la visión de Damasco fue la destrucción de ese muro. Esteban tenía razón, los cielos estaban abiertos. Lo que era rígido ahora es flexible; lo que estaba dividido ahora está reconciliado; lo que estaba en conflicto ahora está en paz; donde había cólera, ahora hay misericordia.

*Porque él es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad... (Ef 2,14). Donde no hay griego y judío, circuncisión e incircuncisión, bárbaro, esclavo, libre, sino que Cristo es todo y en todos (Col 3,11).*

Pablo insiste constantemente en que la fuerza que produjo esta apertura es la acción libre y universal del Espíritu –el viento que sopla donde quiere.

Es un hecho lamentable en la historia de la Iglesia y de la sociedad humana, que muchos hayan preferido la teología de Saulo a la de Pablo. Los muros que Pablo destruye a menudo han sido reconstruidos. El corazón humano generalmente no quiere abrirse a la influencia del Espíritu Santo. Las instituciones humanas, civiles o eclesiásticas, tienen una tendencia a construir muros

para proteger sus propios intereses. *Ea, vamos a edificarnos una ciudad y una torre con la cúspide en los cielos...* (Gn 11,4). Pero las construcciones como la torre de Babel están condenadas a ser dispersadas, al Espíritu Santo no le gustan los muros. Sin duda el Espíritu es profundamente activo en el corazón de la Iglesia y también en todas las tareas positivas de civilización. Pero la institución debe ser un medio y no un fin en sí misma. En este sentido la acción del Espíritu en la Iglesia es siempre eclesial y sacramental más que eclesiástica; es decir, su finalidad es alimentar la comunidad y los individuos más que proteger la estructura.

En el Antiguo testamento, la Ley, el Culto y el Templo eran sólo una preparación para la efusión del Espíritu en el “pueblo humilde” (los *anawim*) de quienes nació Jesús. Lo mismo vale para el Nuevo Testamento. El *Magnificat* celebra la acción del Espíritu en ambos Testamentos. En la predicación de Jesús, también es el “pueblo humilde” el que está abierto al Espíritu: el samaritano, el publicano, la pobre viuda, el leproso. Jesús siempre insiste en que la Ley y el Templo no garantizan el favor divino. *Llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adorarán al Padre... Dios es espíritu, y los que lo adoran deben adorar en espíritu y en verdad* (Jn 4, 19.24).

La acción del Espíritu es universal, libre e invisible. No está limitada por ninguna estructura ni tradición humana. El don del Espíritu penetra donde quiere en el corazón humano, siempre que el corazón esté abierto. Para estar abierto sólo necesita humildad y amor. En las cartas de Juan, todo es claro. *A Dios nadie lo ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud. En esto conocemos que permanecemos en Él y Él en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu* (1 Jn 4,12-13).

Mi tema no es un tema teológico. No quiero ofrecerles una explicación o sistematización de la acción del Espíritu Santo. No podemos sistematizar el viento, el silencio o la invisibilidad. Pero podemos aprender a mirar y a escuchar un poco mejor; sobre todo cuando nos encontramos en presencia de cosas o acontecimientos que son muy pequeños o cuando el viento es muy suave. Yo comencé con una breve historia cuyo tema era una mirada. Me gustaría terminar con otra. El tema es el mismo pero con esta diferencia: que la presencia del Espíritu Santo es realmente casi invisible, pero no tanto.

Hace veinte años, cuando yo era Prior en San Anselmo, fui a cenar con algunos amigos míos ingleses en un restaurante cerca de aquí. La hija de la familia observaba a la gente que nos rodeaba, y durante el almuerzo me dijo al oído: “Dominic, mira la pareja que está sentada en el rincón, presta atención. No hablan, no tienen nada que decir. Están totalmente aburridos. Deben estar casados. Es por eso que nunca quise casarme.” Miré discretamente a la pareja. Era verdad, ellos no hablaban. Esto es raro en una familia italiana. Entonces continuamos con nuestro almuerzo. Ahora bien, vino el Espíritu Santo. Por casualidad, más tarde, di un vistazo a la pareja cuando se levantaban para irse. Me di cuenta de que había algo totalmente invisible. Estas dos personas estaban tomadas de la mano debajo de la mesa. Cuando se iban, todavía en silencio, estaban sonrientes y se podía ver que era un silencio lleno de paz. Después le pregunté al mozo si conocía a la pareja. “La conozco muy bien. Viven cerca de aquí, tienen muchos chicos. Son amigos de casi todos en el vecindario. Son personas muy agradables. Todos los jueves vienen solos aquí a cenar. Siempre comen en silencio, tomados de las manos, ¡para comer pasta se necesita sólo una mano! Hay algo más, mire la mesa: la vela y la rosa roja. Hoy es un día especial, es su vigésimo aniversario de casamiento, un almuerzo especial, pero siempre el mismo”.

Nosotros habíamos interpretado su silencio como un silencio triste de soledad, de separación y de aburrimiento. En la vida monástica el silencio también puede ser muy ambiguo. Pero allí en el restaurante, casi invisibles, estaban todos los signos de la presencia del Espíritu Santo –humildad, amor, paz. Nosotros casi habíamos pasado por alto esos signos. El Espíritu Santo guió mi mirada hacia esas manos unidas, un momento breve y fugaz como una suave brisa.

Hay muchos de estos signos en nuestros encuentros diarios. Recemos para que no los perdamos a todos.

*Ampleforth Abbey  
York. Y0624EN  
Inglaterra.*